



LA PANDEMIA EVIDENCIA Y POTENCIA LA CRISIS DE LOS CUIDADOS

POR
KARINA BATHYÁNY

Secretaría Ejecutiva de CLACSO
Profesora Titular de la UDELAR (Uruguay)

El COVID-19 ha desajustado los modelos de vida a los que estábamos acostumbrados/as. Esta crisis sanitaria puso en evidencia lo que parte del feminismo viene considerando fundamental para repensar un proyecto que tenga a la vida en el centro: todos y todas somos interdependientes. La rápida propagación del COVID-19 y las medidas institucionales para producir aislamiento social que se están aplicando en la mayoría de los países ponen en evidencia uno de los eslabones más débiles de nuestra sociedad: los cuidados.

Las personas necesitamos de bienes, servicios y cuidados para sobrevivir. Los cuidados son relacionales e interdependientes, todos hemos precisado o precisaremos de cuidados en algún momento de nuestra vida y todos hemos cuidado o cuidaremos a alguien en las etapas de nuestro ciclo vital. Todas las personas requerimos alimento, ropa, abrigo, asistencia, apoyo, compañía; así como también todas las personas nos lesionamos, enfermamos, pasamos por la primera infancia y llegaremos, probablemente, a la vejez.

Una de las lecciones que nos deja esta emergencia sanitaria se refiere a la invisibilidad de estos cuidados. Ante esto, nos preguntamos cómo impactan los cambios propuestos por las medidas que están tomando los países sobre la vida cotidiana de varones y mujeres. Esta situación es una oportunidad para hacernos la pregunta –que, por cierto, pocos medios y hacedores de política se han hecho–: ¿qué pasa con los cuidados en el marco de esta emergencia sanitaria?

Para un problema estructural de esta magnitud la solución no es simple. Un abordaje histórico al tema ha sido ignorar la centralidad del cuidado asumiendo que la incorporación de las mujeres al trabajo productivo redistribuiría esa carga por sí sola, cuando la evidencia nos ha mostrado que eso se tradujo en una doble jornada laboral para las mujeres. Algo que conocemos desde los estudios de género y cuidados es que la economía considerada productiva se sostiene en el trabajo del cuidado (no reconocido ni remunerado), aunque este sea, en muchos casos, invisible. Como sabemos, en la región las mujeres realizan cerca del 80% del trabajo de cuidados no remunerado y



Esta crisis sanitaria puso en evidencia lo que parte del feminismo viene considerando fundamental para repensar un proyecto que tenga a la vida en el centro: todos y todas somos interdependientes.

son amplísima mayoría entre quienes se ocupan en el trabajo de cuidados remunerado; por tanto, gran parte de los cuidados totales los ejercen las mujeres.

Dentro del hogar, en todo el mundo, la mayor parte del trabajo no remunerado lo realizan las mujeres y las niñas. Pero en nuestra región el desbalance en la distribución de las tareas domésticas y del cuidado de las personas es mucho peor que en otras partes. Si analizamos el tiempo total destinado al trabajo no remunerado en los hogares, en América Latina y El Caribe, en promedio, las mujeres contribuyen con el 73% y los hombres con el 27% restante. A modo de comparación, en Suecia, la contribución de los hombres es del 44%, en Estados Unidos del 38% y en China del 39%.

Algunas de las medidas propuestas suponen un aislamiento en los entornos domésticos y la búsqueda de soluciones individuales por parte de los entornos familiares para el cuidado, soluciones individuales mediadas, por tanto, por los recursos de diversa índole que cada uno tenga. Es un regreso al “puertas adentro”, donde cada quien deberá encontrar su solución.

La necesidad de cerrar los establecimientos educativos y de cuidados pone de manifiesto que las jornadas laborales no son compatibles con cuidar a niñas, niños, adolescentes y personas dependientes. En lo que se refiere específicamente a los niños y niñas, además se suma el seguimiento de las tareas escolares educativas en la casa. Es decir que la cantidad de formas de trabajo de cuidado no remunerado en casa ha aumentado exponencialmente.

La instrucción de aislamiento social total de las personas mayores de 60 o de 65 años, según el país, vuelve a recordar que en nuestros países miles de ellas no tienen redes de apoyo, cuidadores/as, ni tampoco recursos.

Por otro lado, y de acuerdo a cifras de la Organización Internacional del Trabajo, 126 millones de mujeres trabajan de manera informal en América Latina y el Caribe. Eso equivale aproximadamente a la mitad de la población femenina de la región. Esto se traduce, entre otras cosas, en inestabilidad laboral, bajos ingresos y falta de mecanismos de protección esenciales en una crisis como la actual. En muchos países de la región, los niveles de informalidad son extremadamente elevados. En Bolivia, Guatemala y Perú, el 83% de las mujeres tiene empleos informales, sin ningún tipo de cobertura de seguridad social o protección de la legislación laboral. En la región, casi el 40% de las mujeres trabajadoras están empleadas en el comercio, restaurantes, hoteles y trabajo doméstico. Estos son los sectores más afectados y los empleos menos protegidos en la crisis económica desatada por la emergencia sanitaria. ¿Cómo pue-

de pensarse que estas mujeres pueden confinarse? ¿Cómo puede pensarse que estas mujeres pueden continuar con su rol productivo junto con el confinamiento de sus dependientes?

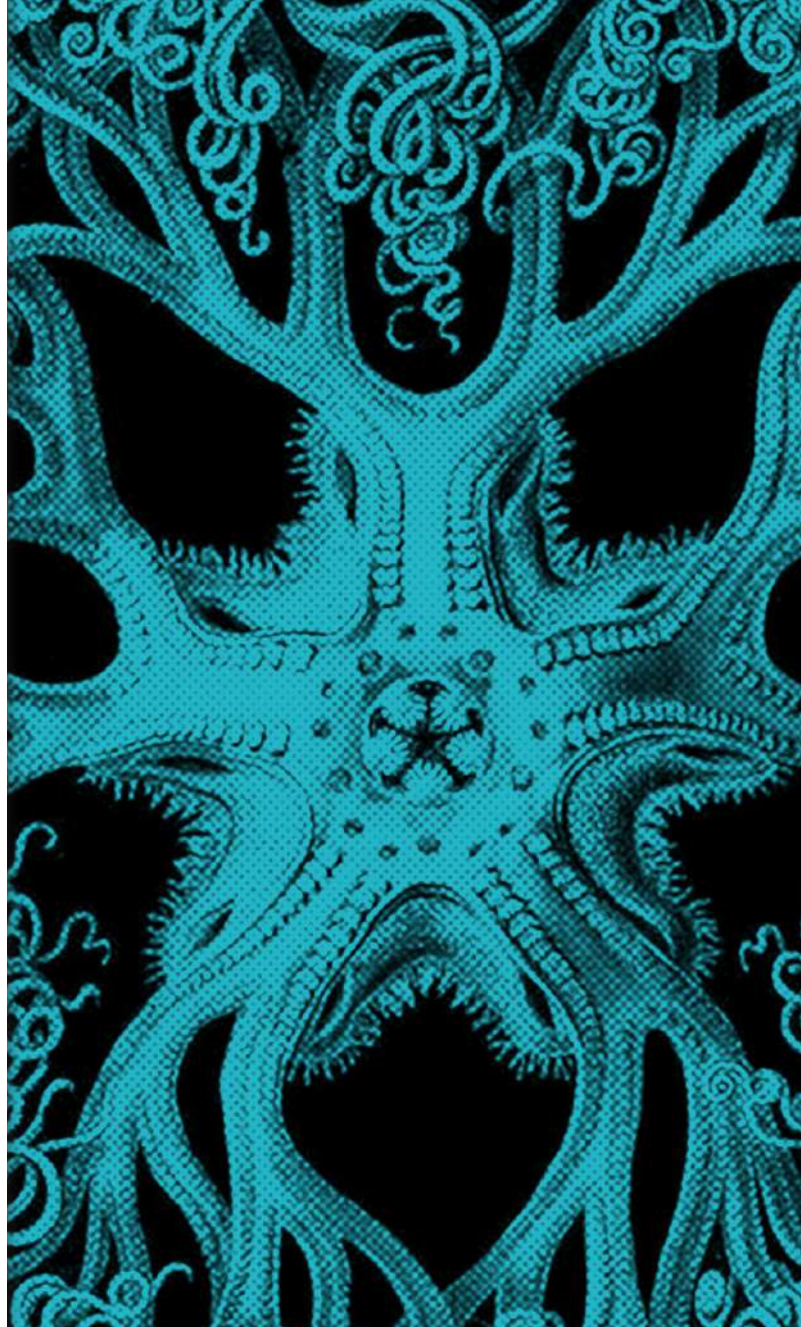
Además, casi una cuarta parte de todas las mujeres empleadas en la región son trabajadoras del cuidado a domicilio. A pesar de los esfuerzos y logros para formalizar sus condiciones de trabajo, la mayoría de estas trabajadoras aún trabajan en condiciones muy precarias, sin acceso a la seguridad social. La mayoría ha seguido trabajando a pesar de la recomendación para la población en general de quedarse en casa, o ha sido enviada a sus casas pero sin ingresos.

A su vez, recordemos que en la región la mitad de los médicos y más del 80% del personal de enfermería son mujeres, el porcentaje más alto del mundo. Esta segregación ocupacional por género no es casual; está influenciada por las normas de género que hacen de la salud una profesión socialmente aceptada para las mujeres, al ser una extensión de la división de tareas en el hogar. A esto debe sumarse que parte del trabajo no remunerado que coloca a las mujeres en mayor riesgo de contagio es también su rol en el cuidado de enfermos en el hogar. Recordemos que la Organización Panamericana de la Salud establece que el 80% del cuidado de la salud de la población se realiza en los hogares y sabemos por estudios que se han realizado en distintos países que este es realizado principalmente por las mujeres de esos hogares. Con la pandemia, las demandas de cuidado de enfermos y de adultos mayores se incrementarán.

Para solucionar la crisis de cuidados necesitamos una nueva idea de gestión pública que entienda que la interdependencia de las personas es un hecho de la vida en común.

La solución no pasa solamente por repartir más equitativamente el cuidado entre varones y mujeres a nivel individual, sino por el reconocimiento de su importancia y valor, para que este pueda ser provisto también, en parte, por la sociedad y con el Estado asumiendo su responsabilidad.

La emergencia por el COVID-19 vuelve a poner en el centro la cuestión de la organización social del cuidado y es necesario que, junto el apoyo a todas aquellas medidas y acciones que pongan a la humanidad –y no al mercado– en el centro para paliar la pandemia, seamos capaces de instalar la necesidad de poner los cuidados en el centro, superando el mercado como eje organizador de la vida en común. Esta crisis pone de manifiesto que es el momento de comenzar a pensar en nuevas formas de organización social en general, el cuidado ocupe un rol central.



Para solucionar la crisis de cuidados necesitamos una nueva idea de gestión pública que entienda que la interdependencia de las personas es un hecho de la vida en común.

Ante gobiernos que toman diferentes medidas, personas que no pueden ser cuidadas por la población de riesgo (pensemos en las abuelas que son en buena parte cuidadoras de niños y niñas), mujeres asalariadas empobrecidas y sin medidas de protección laboral que aseguren su empleo, con servicios médicos colapsados, pensar en nuevas formas de gestionar los cuidados es urgente.

La crisis de cuidados tendrá otra consecuencia no menor: la dificultad de incorporación o continuidad de las mujeres en el trabajo productivo en igualdad de condiciones respecto de los varones. Teniendo en cuenta que los trabajadores y las trabajadoras con mayor desprotección, informales y que trabajan en base a jornales, van a recibir el mayor impacto de las repercusiones económicas que genere esta crisis sanitaria, podemos afirmar que la pandemia volverá más pobres y vulnerables a las mujeres. Esta situación la hemos visto ya en casos de emergencias por desastres naturales. ¿Cómo abordará el Estado las consecuencias de la pérdida del empleo por la sobrecarga de cuidados? ¿Qué medidas de promoción de corresponsabilidad en las tareas domésticas y de cuidado se pueden adelantar entre el Estado, las empresas y trabajadores y trabajadoras en una situación de confinamiento?

La única respuesta total y efectiva ante las crisis en la reproducción de la vida está dada por las instituciones universales, públicas y gratuitas, por los espacios de lo común, de lo colectivo. En esta situación de alarma, los Estados en general han convocado a la responsabilidad individual para hacer frente a una crisis estructural que evidencia las fragilidades de los sistemas públicos de atención a personas dependientes. La incapacidad de los Estados y gobiernos para ver la dimensión estructural de los cuidados es preocupante.

Las mujeres siguen siendo las más afectadas por el trabajo de cuidados no remunerado, sobre todo en tiempos de crisis. Como mencionamos, debido a la saturación de sistemas sanitarios y al cierre de las escuelas, las tareas de cuidados recaen mayoritariamente en las mujeres. Se necesitan medidas que rompan los moldes tradicionales para que esta situación no recaiga desmedidamente sobre las mujeres. Hay que pensar cómo se distribuye esta crisis de otra manera, para que no seamos siempre las mujeres las que sostengamos los momentos críticos en el funcionamiento de una sociedad. Esto implica, entre otros elementos, construir una mirada alternativa sobre nuestro modelo de convivencia, fundada sobre la irrenunciable igualdad real y no solo formal de varones y mujeres. Recuperar la dimensión política de la vida cotidiana parece un camino a transitar. ●

Este artículo integra la Biblioteca en Acceso Abierto

Pensar la Pandemia
OBSERVATORIO SOCIAL DEL CORONAVIRUS

www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia

Con el apoyo de  **Asdi**